

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Tiempo de pruebas - ¿tiempo de bendición?
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Tiempo de pruebas - ¿tiempo de bendición? (14 días)

Día 1

Éx. 16:4; Sal. 7:8-11; 11:4.5.7

En la vida de cada persona existen pruebas que hay que soportar. No las podemos obviar. Dios las ha puesto por amor a nosotros. Por medio de las pruebas debe madurar nuestra personalidad. Si pensamos en el significado de la palabra “probar”, nos damos cuenta de que se refiere a la comprobación positiva de lo bueno y lo verdadero en nuestra vida. Se prueba la “calidad”. Como es normal que se pruebe nuestra salud física, para excluir enfermedades, también nuestra vida de fe tiene que ser comprobada.

1. Las pruebas vienen ...

Pruebas en la escuela y en el trabajo son importantes y normales. En éstas se examina el conocimiento y la habilidad. Como creyentes vivimos en la escuela de la fe. Aquí se tiene que probar la fe.

Pensemos por ejemplo en Abraham, que tuvo que soportar varias pruebas. Al comienzo se trataba de la prueba respecto a su familia y sus amistades. Dios lo llamó a dejar todo atrás e ir a un país lejano, completamente desconocido a él. (Lea Gn. 12:1-3.) ¿Habría habido en nuestra vida una prueba parecida? Es más o menos lo mismo cuando el Señor Jesús dice: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt. 10:37; comp. Mt. 19:29).

Tan claro y preciso el Señor ya le habló a varias personas. El tema de la prueba que se refiere a nuestra familia tiene que ver hoy, como en aquel tiempo. Entonces, ¿cuales son las prioridades? ¿Amamos al Señor más que a cualquier otra cosa? ¿Es el Señor más importante para nosotros que nuestros seres queridos, los bienes o posesiones? “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5; lea Dt. 10:12; Mt. 6:33).

Día 2

Gn. 12:10-13:14

Por una gran hambre en la tierra prometida Abraham se encontraba en una prueba que hizo peligrar su vida. ¿Acaso podía confiar en su Dios que lo cuidaría en este tiempo? Sin consultarle al Señor Abraham se fue a Egipto. Allí no había hambre, pero allí se vivía bajo otros parámetros. Probablemente todos hemos vivido ya situaciones que nos colocaron ante la decisión: ¿Espero la ayuda de Dios, o me las arreglo solo? (Lea Pr. 3:5.6; Sal. 22:4.5; 37:3.5.) La pregunta de examen sería: Confío en el Señor sabiendo: “Tú lo tienes todo en tus manos, puedes cambiar todo, por más complicada que fuera la aflicción” (C. Schneegass).

Vergonzoso fue el regreso de Abraham de Egipto. Pero él volvió a su Señor. Él clamó allí el nombre del Señor.

Pronto llegó la próxima prueba. Era una prueba de convivencia. Para Abraham y Lot ya no alcanzaba el lugar de pastoreo. Entonces la pregunta de examen era: ¿Puedo estimar a mi prójimo más que a mí y retroceder? ¿O tengo que defender mis derechos? ¿Puedo soltar cosas? ¿Puedo dar prioridad de elección a otro?

Algún tiempo después se probó la postura de Abraham respecto a la recompensa. Era sorprendente su valiosa lucha, que fue premiada con una gran victoria. Pero él puede

negarse a riquezas y honra después de su gran logro. Por eso recibió la bendición de Melquisedec. Abraham tuvo suficiente. (Lea Gn. 14:18-24.)

¿Tenemos lo suficiente o cada vez queremos más para estar materialmente seguros? ¿Conocemos el peligro de las riquezas que podrían desplazar el tesoro más grande, a Jesucristo? Él es nuestra seguridad, también para el futuro. Lo que conseguimos o depositamos puede desaparecer en una sola noche. (Vea Sal. 62:10; Lc. 12:16-21; 1.Ti. 6:17.)

Día 3

Gn. 16:1-4.15.16

Dios les había prometido a Abraham y Sara un hijo. Después de diez años de esterilidad en la tierra prometida, Sara propone una solución que en aquel entonces era completamente legítima, buscar una “madre postiza”. La razón parece buena y aceptable. Nuevamente Abraham se encuentra frente a una prueba. ¿Podría contar con el cumplimiento de la promesa de Dios aún contra todo razonamiento? Dios había predestinado a Sara como madre del hijo prometido. Además Dios no necesita soluciones de cálculos humanos. Su Palabra es superior a todo, y lo que promete, lo cumple. (Lea Sal. 33:4; 1.P. 1:25.)

Bien podemos entender a Abraham: ¿Qué hacer, cuando uno ya no aguanta, ya no tiene mas paciencia, cuando los pensamientos y las conversaciones se refieren sólo al problema y la promesa de Dios se desvanece? Entonces la sugerencia de Sara parecía la solución. Pero la aparente salida trajo para el futuro muchas dificultades para la familia de Abraham. (Lea Gn. 21:9ss.)

También nosotros estamos confrontados a esta pregunta de examen, si realmente creemos que la Palabra de Dios es verdadera. “Su Palabra es recta y no engaña y cumple seguro lo que promete, tanto para la vida como para la muerte” (J. Eccard).

¡Qué bueno, que poco después Abraham reconoció que Dios es fiel a Su Palabra, sin resguardo. “Él creyó en esperanza contra esperanza ... tampoco dudó por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Ro. 4:18-21).

También nosotros tenemos que pasar distintas pruebas y tentaciones. En eso podemos saber: Dios nos puede probar, a veces duramente, pero nunca nos va a tentar (Vea Stg. 1:13-15.) La tentación viene de nuestra propia naturaleza pecaminosa o directamente de Satanás. Él nos quiere hacer caer, pero Dios nunca. Él es el Salvador de cualquier trampa (2.P. 2:9a).

Día 4

Gn. 22:1-3; He. 11:17-19

En las pruebas nuestra fe tiene que mostrarse auténtica (1.P. 1:6.7). El pastor Modersohn describe una prueba de autenticidad durante la segunda guerra mundial: “Un amigo sale del sótano de seguridad y encuentra en el lugar donde había estado su casa sólo escombros humeantes. Lo único que se salvó era el piano de cola. Lo lleva con la ayuda de algunos amigos hasta la calle y tocando canta: “¿Por qué me afligiré? Todavía tengo a Cristo, ¿quién me lo puede quitar? ¿Quién me robará el cielo que por la fe ya es mío por Cristo?” ¿Quién puede cantar así en semejante situación? ¿No debería más bien dudar del amor de Dios? ¡No, sino se debería dudar de las propias imaginaciones que tenemos de Dios! El Dios que

puede probar de esta manera, es un Dios santo. Pero porque nos quiere bendecir, por eso nos prueba.”

¿Qué leemos de Abraham? Cuando llega para él la más pesada prueba que una persona pueda experimentar, su decisión es: “Heme aquí.” Abraham no fue probado tan duramente en el comienzo de su vida de fe, sino después de haber hecho ya muchas experiencias de la bondad de Dios en pruebas aprobadas o desaprobadas. Dios sabe cuándo y cuáles pruebas puede poner en la vida de una persona. “Ellas son expresión de la confianza que Dios pone en nosotros y Él nos prepara también para tales.” (F.B. Meyer). Esa preparación experimentó Abraham por pruebas anteriores y las bendiciones de Dios.

Como hemos conocido al Señor ya antes, como absolutamente digno de confianza, también nos fortalece en el momento de la aprobación. “Dios es fiel que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1.Co. 10:13; lea He. 2:18; Stg. 4:7).

Día 5

Gn. 22:1-3; Éx. 20:20

Abraham es “probado” por Dios, algunas versiones dicen “tentado”. Pero no significa la tentación al mal, sino que Dios hace la prueba (vea día 3.) La fe de Abraham sufre una prueba dura. Dios puede pedir de vuelta lo que una vez ha regalado, aún lo más amado de lo que una persona posee. Las preguntas de examen podrían ser: Abraham, ¿me amas por las bendiciones o por mí mismo? ¿Me amas más que al hijo, el cumplimiento de mi fuerte promesa? ¿Me amarías también, si te quito lo regalado? (Comp. Dt. 13:4; Jue. 2:22.)

Aquí vemos que el inconcebible informe en Gn. 22 tiene el mayor propósito de declarar algo acerca de Dios mismo. Dios sigue siendo Dios aunque aparentemente se contradiga. Fácilmente nos hacemos nuestras propias imaginaciones de Dios. Podemos sentirnos frustrados y desilusionados si Él actúa en forma diferente. Entonces nos parece como si fuera un “extraño”: “... en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día ...” (Sal. 73:13.14). ¿Puede ser que sea en vano que he confiado en ti?

Aquí el Señor nos prueba personalmente con Sus preguntas: ¿Soy suficiente para ti? ¿Confías incondicionalmente en mí? ¿Acaso puedes soltar tus ideas e imaginaciones acerca de la manera que debería yo actuar? ¿No tienes en cuenta que de todos modos te haré bien? Sí, Señor, “yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2). Sí, Señor, yo sé que me sostienes a pesar de todo. Es suficiente que yo te pueda decir todos mis sentimientos, aflicciones y temores. Tú me consolarás, pues te pertenezco a ti. (Lea Is. 51:12; 52:9; 66:13.14; 2.Co. 1:3.4a.)

Día 6

He. 11:8-12.17-19

Dios que nos ama sin reservas busca entre los Suyos la disposición de amarle a Él en respuesta y no guardarse lo mejor. De Abraham esperaba lo máximo, la total entrega y ofrenda de su hijo Isaac a Dios. Las pruebas vienen,

2. pero no siempre se dan explicaciones.

Así le pasó a Abraham. Dios tiene el derecho de probar nuestra fe, de poner sobre nosotros una carga pesada, esperar algo inexplicable e imposible. A pesar de todo ello podemos

apoyarnos en Su promesa y confiar en Él, aun sin explicaciones. A veces Sus pruebas no sólo nos parecen incomprensibles, sino incluso absurdas. ¿Por qué Dios le regaló a Abraham el hijo prometido, para después pedírselo en sacrificio? En realidad el futuro del pacto que Dios había hecho con Abraham descansaba sobre Isaac, el descendiente de la promesa. ¿No era entonces una contradicción esa exigencia de parte de Dios? Dios no miraba las propiedades de Abraham, sino su corazón. Pues el Señor sabía cuánto Abraham amaba a Isaac, el hijo de la risa y admiración, regalado por Dios. (Lea Gn. 21:1-7.) Dios dice solamente: “Toma a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas ... y ofrécele en holocausto en el monte que yo te diré.” Dios no le dio ninguna explicación más.

Esto nos motiva a preguntar: “¿Por qué, Señor? ¿Por qué yo?” Abraham no preguntó. Él obedeció sin vueltas a su Señor. Ya su respuesta al llamado de Dios: “Aquí estoy”, muestra su total disposición. Con esto queda claramente dicho: La voluntad de Dios en cualquier situación es para mí decisiva. (Lea Éx. 19:5; Mt. 26:39.) También para nosotros, para el crecimiento y la maduración de nuestra fe es decisiva: ¿Se hará mi voluntad o la del Señor?

Día 7

1.Cr. 16:11

¿De qué manera podemos vivir continuamente dispuestos para obedecer a Dios? Lo vemos en Abraham: “¡Heme aquí!” Con esto testifica: Señor, sea lo que fuere que quieras de mí, aquí estoy, tú eres mi Señor, yo soy tu siervo. El Señor busca esta entrega de los Suyos. ¿Con qué disposición de corazón leemos y escuchamos Su Palabra? “¡Heme aquí, Señor! ¿Qué me quieres decir?” Aún no sabemos lo que viene, pero justo en eso se muestra el amor confiado: ¡Sea lo que fuere, yo estoy dispuesto!

Abraham no retiró su disposición cuando escuchó lo que el Señor pedía de él. Él sabía que el mandato de Dios en realidad nunca se contradiría con Su promesa. Abraham estaba convencido: aunque Dios permitiera que Isaac muriera, sería suficientemente poderoso para hacerlo resucitar. “pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos” (He. 11:19a; lea Ro. 4:18-25). La fe no necesita explicaciones. Se apoya en la Palabra de Dios. Abraham creía firmemente que Dios interviniera que decía a sus siervos: “Yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros” (Gn. 22:5).

La actitud de Abraham demuestra verdadera adoración. La observamos aquí sin palabras ni “melodía”. La adoración de Abraham es silenciosa, rebotando de entrega a Dios y Su Palabra. Es una adoración de profunda reverencia a Dios, de fe en la omnipotencia de Dios y de confiada obediencia. Esa adoración se soltó de los límites de la mente humana. No tenemos siempre palabras, ni siempre podemos cantar. Pero de igual manera podemos adorar a Dios y honrarlo con confianza. (Lea 1.Cr. 16:29; Sal. 95:6; Jn. 4:24; Ef. 3:14-16.)

Día 8

Gn. 22:6-14

3. Aun en profunda prueba el cuidado de Dios no termina.

El camino a Moriah parecía imposible por el amor a su hijo, el amor a su Dios en cambio lo hizo posible. Abraham e Isaac van juntos en silencio. En algún momento también los siervos quedan atrás. Algunas pruebas las debemos vivir solos, ya que finalmente son una cosa entre Dios y nosotros. Por eso Abraham no habrá hablado ni con Sara ni con Isaac. Dios es el único que tiene consejo y sabe lo que hay que hacer. Esto lo vemos en la respuesta de

Abraham a la pregunta de Isaac por el cordero: "Dios proveerá ... " Él elegirá y decidirá (v. 8.14). Abraham no vio a Dios como rival, sino que como el que tiene cuidado. Él había experimentado el actuar milagroso en su propio cuerpo. ¿Por qué Dios no podría resucitar a su hijo querido? (Lea He. 11:17-19.) Abraham no podía esperar que Dios le iba a eximir de lo más difícil. El mandato era muy claro. Pero Abraham creía en el Dios todopoderoso.

Quizás hoy nos encontramos en un camino muy pesado y difícil al que Dios nos guió. Nuestros sentimientos están en el "sótano" y todo parece oscuro. Pero tú conoces a Dios. Tú sabes que Él cuida de ti. Tú puedes contar ahora con Su sabiduría y poder y repetir lo que el Señor dijo a los Suyos: "¿Habría algo imposible para el Señor?" No, para Él no hay nada imposible. Él te cuida. Él se preocupa por ti. Porque el Señor te ve. Así lo asegura Abraham: "El Señor ve." Este es el nombre del lugar de sacrificio, que revela la omnipotencia de Dios. Este Señor se me acerca también hoy con Su gracia. (Lea Sal. 59:10a; 54:4; Is. 50:7; Jer. 32:17.27; Lc. 1:37.)

Día 9

Sal. 55:22; 23:1-6

"¡El Señor ve!" Él está con nosotros. Esto es una señal maravillosa del cuidado de Dios. Meditemos acerca de esto y preguntémonos:

¿**Dónde** se preocupa el Señor por nuestras necesidades? En el lugar donde Él nos ha puesto, allí recibimos de Él lo que necesitamos. Confiémosle tranquilos nuestros anhelos y deseos a Él.

¿**Cuándo** cumple el Señor nuestras necesidades? Justo en el momento preciso, ni un segundo antes. Si le decimos nuestras necesidades, Él responde con el oportuno socorro. A veces nos parece como si el Señor esperara hasta el último minuto con Su ayuda, pero esto parece así de nuestra perspectiva humana. Dios nunca llega tarde. (Comp. Jer. 29:11; 1.Co. 10:13.)

¿**Cómo** cuida Dios de nosotros? Normalmente en forma bien natural. Dios permitió que un carnero se enredara entre las ramas, justo en el momento cuando Abraham lo necesitaba y en el lugar bien accesible para él. Abraham necesitaba sólo un animal, por eso Dios no mandó toda una manada.

¿**A quién** le da Dios su cuidado? Él se lo regala a aquellos que confían en Él y le obedecen.

¿**Por qué** vela Dios por nuestras necesidades? En realidad para la gloria de Su nombre. "Santificado sea tu nombre", esa es la primera petición en el "Padre nuestro", está ante todas las demás peticiones. Abraham definió este camino tan difícil como adoración (Gn. 22:5). Por la obediencia Dios es glorificado. A la obediencia Dios contesta con Su intervención, entonces al hombre pequeño le queda solamente admirar a Dios y adorarlo." (Autor desconocido) (Lea Sal. 103:1-13.)

Día 10

Gn. 22:15-19

En tiempos de prueba muchas veces pensamos en nosotros mismos, en la pesada carga, en lo que necesitamos para vivir bajo esa presión. Preguntamos: ¿Cómo podré salir de esa situación? pero rara vez: ¿Qué puede resultar para la gloria del Señor en esa situación? No

perderemos nada, cuando buscamos en primer lugar la gloria y honra de Dios. También en tiempos de prueba podemos saber:

4. El Señor nos quiere bendecir, no perderemos nada.

Abraham recibió la gran bendición de Dios porque le obedeció. La primera bendición: Abraham recibió nuevamente a su Isaac. Para él no era más importante el don que el dador. La segunda bendición: Dios renovó Sus promesas a Abraham y las amplió con la promesa de victoria (v. 17b). La tercera bendición: Abraham descubrió algo nuevo en Dios y le dio un nuevo nombre (v. 14). Él había experimentado que Dios le vio y cuidó de él. Su relación con Él se profundizó en el monte Moriah.

Si pasamos por pruebas que Dios nos manda, lo más precioso viene al final y entonces podemos quedar sólo admirados acerca del Señor. El amor de Abraham hacia el Señor recibió una nueva dimensión, mucho más profunda, la que no había podido vislumbrar antes de esta experiencia. Abraham conoció tanto a Dios como a sí mismo de otra manera. Casi podemos decir que también Dios conoció a Abraham en forma nueva: “porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (Gn. 22:12b). Podemos deducir que la relación entre Abraham y Dios era personal, viva y confidencial. Abraham no estaba obligado de ir a Moriah. Lo hizo voluntariamente y con profunda confianza en su Dios. (Lea 2.Cr. 15:15; 16:9a; 20:7; 31:21; Sal. 25:14; Is. 41:8.)

Día 11

1.S. 7:12;14:6

El fundador de la misión al interior de China, Hudson Taylor, tenía en su casa un texto lema de dos palabras hebreas. La primera dice traducido: “Hasta aquí ayudó el Señor” y la otra: “El Señor proveerá.” Si Hudson Taylor miraba hacia atrás o adelante, él sabía que el Señor estaba cerca con Su ayuda y no tenía nada de qué temer. El Señor ha ayudado, y el Señor ayudará. Por Su cuidado en grandísimas dificultades ha mostrado, que para Él nada es demasiado difícil. (Lea Is. 43:1-4.)

Sin embargo a veces parece que aquel que tantas veces ya ha ayudado, esta vez no vendrá en nuestra ayuda. Una mujer muy enferma que fue muy probada por el Señor, comenta: “Una pregunta me hacen vez tras vez: ‘Tanta gente está orando por ud., ¿por qué el Señor no contesta a las oraciones de Sus hijos? ¿Por qué se envuelve en silencio?’ ¿Será realmente así? Acaso no es una respuesta de Dios y contestación de oraciones, si después de semanas de temor y depresión siento firmeza bajo mis pies por las oraciones de los hermanos? ¿Acaso no es una respuesta de oración, si puedo nuevamente confiar en Su promesa y gozarme en la fe? O cuando en las semanas de mucha tensión antes de la operación camino en el espíritu con Abraham hacia Moriah y más tarde junto con él reconocer: El Señor ve. Él ya me vio en todo el camino, aunque pensaba que tenía que ir sólo por Él. Si me doy cuenta de que el tiempo que me queda es tiempo de gracia, tiempo regalado, sobre el que en realidad no tengo ningún derecho. Éstas son respuestas de oración, respuestas divinas” (L. Hauser). (Lea Is. 55:8-11; Jer. 29:11-14a; Stg. 5:16b.)

Día 12

Sal. 91:14-16; Is. 65:24

A veces Dios responde a nuestras oraciones distinto de lo que esperamos. En tiempos de prueba, por lo general, no nos da explicaciones. Pero Él responde. “¿Acaso no es respuesta

a la oración si a la luz de la eternidad veo lo pequeño como pequeño y lo grande como grande y los valores terrenales pierden su importancia? ¿Cuándo intento vivir cada día por sí solo y el futuro dejarlo en las manos de Dios? ¿Cuándo aprendo a aceptar el camino de Dios con mi vida como el plan de Dios? ¿Si con gozo puedo creer: Dios puede hoy y ahora hacer el milagro de curación en mí, pero me ejercito a aguantar la tensión entre la fe y el ver? ¿Si estoy dispuesto interiormente caminar de la mano de Dios hasta el final, sin dudar de Su amor? Para esto y mucho más necesito la intercesión de otros, preciso las oraciones que Dios contesta de diferentes maneras y según Su voluntad” (L. Hauser). (Lea Dt. 32:4; Sal. 18:30; 42:3-5; 92:5; Ap. 15:3.)

Nosotros tenemos nuestra imaginación de cómo el Señor nos debería ayudar a nosotros y a otros, y nos resulta difícil soltarla. Por eso muchas veces nuestra oración está unida a condiciones que le ponemos al Señor. Sin embargo:

“¿Qué pasaría, Señor, si confío en ti incondicionalmente?

¿Qué harás, Señor, si intento, soltar mi vida totalmente a ti?

¿Me darás nuevas fuerzas, cuando yo ya no pueda?

¿Está seguro mi futuro, Señor, en tu mano?

Señor, me suelto, me entrego a ti.

Sea lo que fuere que vendrá, yo sé, que tú me moldeas y me sostienes.

Dirije tú, Señor, mi vida, los anhelos, la mente, porque mi futuro sólo está seguro en tus manos, Señor.” (B. Delamont)

Día 13

Gn. 15:1-6; Ro. 4:18-22

Un joven teólogo católico que se preparaba para el sacerdocio, le dijo a Dietrich Bonhoeffer: “Quiero llegar a ser un santo.” A esto contestó Bonhoeffer: “Quiero llegar a ser un creyente.” Los dos hombres no hablaban aquí de los propósitos de sus profesiones, sino de lo que querían alcanzar en su vida. En esto Bonhoeffer no se refería al comienzo de la fe, sino al crecimiento. Algo parecido escribió Pablo de los cristianos en Tesalónica (hoy Tesaloniqui): “vuestra fe crece mucho.” También podemos traducirlo “crece fuertemente, en forma extraordinaria, se multiplica mucho” (2.Ts. 1:3). El apóstol agradece a Dios por el crecimiento espiritual sano y fuerte, porque a pesar de la persecución la iglesia permanece en la fe (2.Ts. 1:4).

Es totalmente normal que nuestra fe tenga que soportar el “test”. ¿Podría ser que los creyentes de Tesalónica hayan tomado a Abraham como ejemplo de fe? ¿Habrán pensado que justamente en situaciones incomprensibles es importante mantener la fe, diciendo: Dios ayuda? Él se preocupa por nosotros. Él tiene un propósito. Él conoce el camino, aunque nos parezca que no tenga salida.

El creyente mira desde lo visible a lo invisible y confía en Dios y en Su poder. El arte y la ciencia humana llegan rápidamente a su fin, pero Dios nunca. Nuestra fe debería justamente crecer más, cuando obstáculos y problemas la quieran apagar.

También para Abraham habían situaciones cuando se desilusionó y decepcionó y estaba cansado de creer. Entonces el Señor guió su mirada al cielo. No la mirada a la edad avanzada del matrimonio y no la esterilidad de Sara deberían importar, sino las promesas de Dios.

Tampoco nosotros debemos mirar a las montañas de dificultades, se nos permite mirar “más arriba” y creer a aquel en quien se puede confiar totalmente. (Lea Is. 40:26-31.)

Día 14

Ro. 8:31-34; 12:1.2

Como nuestro Creador y Redentor el Señor tiene derecho de probarnos y examinar nuestra fe. La realización de su derecho corresponde a Sus buenos propósitos con nosotros.

5. Las exigencias de Dios y nuestra absolución.

Dios puede esperar de nosotros que respondamos con nuestro amor al gran amor Suyo. La magnitud de Su amor se revela en el sacrificio de Su amado Hijo en el Gólgata. Él no se salvó como Isaac. Al padre Abraham no se le exigió el último paso del sacrificio. Pero el Padre celestial no se escatimó el mayor sacrificio. El “casi” sacrificio de Isaac señala al sacrificio total del Viernes Santo. Jesús tomó sobre sí la ira del juicio de Dios en nuestro lugar y así murió. De esa manera seremos protegidos en el juicio final de Dios. Dios libera a candidatos de muerte, lo que éramos, y nos regala una casa eterna en el cielo. ¿Le agradecemos a Jesús por el regalo de salvación y el camino abierto al reino eterno de Dios? ¿Alabamos la cordial misericordia de nuestro Dios, que nos aceptó por gracia? Él mismo puso el sacrificio sobre el altar. A Él nadie lo frenó ni lo interrumpió. Voluntariamente el Padre y el Hijo entregaron el sacrificio que rescata eternamente nuestra vida. El mayor precio fue pagado y aceptado de Dios como totalmente válido. El Señor nuestro “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25).

Ahora nuestra vida no nos pertenece a nosotros mismos, sino a aquel quien nos la regaló de nuevo. “Su cruz encubre mi culpa, su sangre me limpia y purifica, mi voluntad le pertenece a Él, confío sólo en Jesús” (D. Rappard). (Lea Ro. 14:7-9; 2.Co. 5:15-20.)